

THÉORIE COMMUNISTE, *DE LA ULTRAIZQUIERDA A LA TEORÍA DE LA COMUNIZACIÓN*, TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE FEDERICO CORRIENTE, ROSARIO LAZO NEGRO, 2022

Juan Fernando Segovia\*

*Théorie Communiste* es una revista francesa –representativa de la ultraizquierda– aparecida en 1977, dirigida en la actualidad por Roland Simon, autor de *Histoire critique de l’ultragauche* (2015), entre otros libros. Si bien no es fácil saber quiénes son sus editores o escritores, puede que uno de ellos sea François Danel –en quien se inspiran en este texto los de *Théorie Communiste*–, que ha escrito conceptos similares a los que aquí esbozaremos, en los trabajos reunidos en *Rupture dans la théorie de la révolution: textes 1965-1975*. Quizá también Gilles Dauvé, que es citado en este escrito, cuyo espíritu sincretista, por su gusto y atención por las herejías dentro de la teoría comunista, se avista en esta publicación. Las dudas acerca de la autoría continúan, porque Federico Corriente, el autor del prólogo, se dice que nació en Egipto en 1965 y reside en España, pero puede que se trate de un seudónimo y que no sean verdaderos los pocos datos de él.

Federico Corriente nos pone al tanto sobre el origen del texto que se presenta en español, pues fue publicado como folleto en enero de 2015, en francés, con el título *Mai ’68, année théorique: de l’ultragauche à la théorie de la communisation*. Esta ultraizquierda, según Federico Corriente, defiende la revolución comunista como emancipación del proletariado, pero no es una “izquierda comunista resucitada”, sino la autora de una “gran transformación de la teoría de la revolución comunista”. Su original aporte es la “comunización” [sic], que resulta de una serie de rechazos a todas las estrategias que la izquierda marxista ha tejido desde la crisis de fines de 1960 en adelante.

Pasemos al folleto. Consta de una breve presentación, ocho secciones no numeradas, y de una conclusión. Su lectura no es sencilla, por el método

---

\* Doctor en Derecho y Doctor en Historia. Miembro del CONICET (Argentina).

de volver siempre sobre cuestiones ya tratadas, que lo hace reiterativo, repetitivo hasta la obsesión, como quien se mueve en un laberinto y vuelve cada tanto a dos o tres lugares para retomar desde ahí una nueva búsqueda de la salida. Por eso las secciones son un ir y venir a lo dicho, al igual que en una cinta de Moebio o un espiral, profundizando algunos aspectos, presentando nuevos problemas y argumentos, con el afán de remarcar con certeza el fracaso de todas las antiguas estrategias de la revolución comunista. Porque de eso va el librito: todas las experiencias revolucionarias han fracasado porque tenían que fracasar, y ese fracaso –del que no siempre la izquierda ultra es consciente– abre el camino a la definitiva comunización.

La presentación *De la ultraizquierda a la teoría de la comunización. Más allá del programatismo* anuncia el desahucio de la ultraizquierda desde mayo de 1968 y la paulatina elaboración de la comunización como “nuevo paradigma teórico de la lucha de clases y de la distinción de género, de la revolución y del comunismo”, en respuesta a la reestructuración del capitalismo en los setenta del siglo pasado. La primera sección se titula “Reestructuración e identidad obrera”, identidad del movimiento obrero que está en cuestión desde el nuevo proceso de producción a partir de aquellos años. La explicación se desenvuelve dentro de la teoría marxista de la generación de la plusvalía o plusvalor y la reproducción de la vida social, esto es, el conflicto al interior de la infraestructura económica entre las fuerzas y las relaciones de trabajo, que plasma en la superestructura ideológica. Tal como se plantea en el folleto, el problema está en la contradicción proletariado/capital, que no es fija, sino que se renueva y pone en cuestión al proletariado y la revolución comunista.

A continuación, en “El programatismo y su caducidad” se declara fenecido el viejo movimiento obrero y el panorama abierto por el mayo de 1968, esto es, el denominado programatismo [sic]: la idea de que la lucha de clases consiste en la emancipación del proletariado de su condición como un programa a realizar, una teoría y una práctica (dictadura del proletariado, consejos obreros, emancipación del trabajo, periodo de transición, extinción del Estado, autogestión). Nuevamente, dentro de la concepción marxista, la dificultad está en concebir al capital como una potencia exterior a la producción de la plusvalía y que, dada esa condición, puede suprimirse. Lo que sobrevino, al superarse el programatismo fue una ultraizquierda más radical. De ello se trata en “La ultraizquierda y su contradicción”, en el que se explica que la izquierda ultra es la afirmación del proletariado en la lucha contra el capital, envuelto en “la mística de la autonomía”, lo que importa una contradicción en proceso, que toca el límite revolucionario: la afirmación de clase, el clasismo, la naturaleza revolucionaria del proletariado como “lo que es”. O sea: una esencia, idea que se superó por

la teoría de la autonegación del proletariado (su imposibilidad), que, de la crítica del trabajo, concluye en “el trabajo de lo negativo”, la negatividad en acción, como hiciera la llamada Internacional Situacionista, en autores como Guy Debord, Asger Jorn, Raoul Vaneigem, en las décadas de 1950 y 1960.

Los límites y las contradicciones del ciclo de luchas, tal como se presentaban entonces, quedan plasmados en “La ‘época del 68’”, interesante e importante capítulo, cuyo argumento es simple: frente a la liquidación del proletariado, es decir, su negación como sujeto revolucionario la revolución se entenderá como asunto de la humanidad, la revolución de la comunidad humana, cuyo fracaso era evidente, pues partía de la negación de la clase obrera por sí misma, pero se basaba en la evolución de la identidad obrera misma. Se impugnó todo, pero no se fue más allá de exigir el poder para los trabajadores. A juicio de los redactores del folleto, según esta perspectiva humanista, “al abarcar toda la vida cotidiana, la revolución era la negación de la condición proletaria, y no podía ser revolución más que con esa condición” (p. 53). O sea, no podía ser una revolución contra la alienación humana, que es universal. La revolución alcanzó su cumbre al mismo tiempo que su límite en la teoría de la autonomía, que seguía siendo obrera; porque en esta lectura, el punto culminante de la autonomía y de la autoorganización está, de un modo paradójico, en la negación del proletariado, de modo que el clasismo sigue siendo su obstáculo.

Las consecuencias inevitables de todos estos desarrollos llevan a sostener “La obsolescencia de la ultraizquierda y el curso caótico de las rupturas teóricas”, que prolonga el análisis precedente—incluyendo ahora al “operaismo” del comunismo italiano—, al tiempo que anuncia que, dadas las limitaciones de la autogestión y los consejos obreros autónomos, comenzó a esbozarse la comunización, que se ha de entender como algo “diferente del *proyecto ahistórico y normativo que había sido en un principio*” (p. 77). En el proceso, el proletariado, convertido en un concepto vacío, fue sustituido por el humanismo, una vuelta al joven Karl Marx; y la revolución, pero sin su primario sujeto, debía pensarse como comunización. Pero para que esto ocurra la teoría tiene que abrirse a la historia, en el sentido de reabrir la lucha revolucionaria sin ninguna teleología, esto es, sin normativismo. No se trata del control revolucionario obrero como fin de la revolución, sino de la supresión del trabajo asalariado y del Estado, la supresión de todas las clases. Pero, ¿puede identificarse, *tout court*, proletariado y humanidad?

La sección “Dinámica del ciclo de lucha actual: brechas y retorno de la humanidad” constituye una crítica a ese humanismo, a “las sandeces feuerbachianas”, sandeces que, sin embargo, retornan cuando se recuerda los límites del proletariado como clase que, a la vez, limitan la revolución:

¿cómo puede una clase abolir las clases? Vuelve la humanidad, vuelve Ludwig Feuerbach y el proletariado se convierte en subgrupo del grupo humanidad. Y la doctrina de la comunización se dirá, entonces, revolución humana. No obstante, hay que seguir despejando el camino de la revolución de otras opciones, que es lo que se proyecta en “De la crítica del programatismo a la desaparición de la explotación: ‘crítica del valor’ y ‘dialéctica sistemática’”. Por caso, la llamada “crítica del valor” (expuesta en la revista *Endnotes* y otros textos marxistas) que, apoyada en la teoría del valor trabajo, extraía la imposibilidad de la emancipación del trabajo; entonces, “o bien la lucha de clases había desaparecido, o bien no era más que un avatar aleatorio de las aventuras solipsistas del valor” (p. 119). La crítica de *Théorie Communiste* es demoledora. Como lo es de toda teoría de la explotación que pierda de vista las contradicciones sistemáticas del sistema capitalista. Cuando la explotación es entendida en el contexto histórico, entonces se debe rechazar toda transición del socialismo al comunismo, porque todo se convierte en programatismo y solo queda reconocer la inmediata comunización.

La “Teoría de la comunización”, el corazón de todo este extenso escrito, nace de la reestructuración de la relación de explotación capitalista (compromisos globales de la clase capitalista y predominio de las finanzas) en un contexto realmente revuelto en el cual se ha evaporado la identidad obrera. Primera conclusión: hay que continuar la lucha de clases sin la identidad proletaria. Pero esa reestructuración del capitalismo ha modificado la contradicción entre las clases, de manera que la lucha clasista se ha convertido en un problema, pues, ya hemos dicho, la lucha del proletariado contra el capital contiene la contradicción con su propia existencia como clase, desde que la actividad del proletariado como clase es, para sí misma, un límite. Segunda conclusión: la comunización como superación producida del ciclo de luchas.

El esquema clásico de las luchas revolucionarias –con sus variantes históricas– ya no existe, hay un nuevo ciclo de luchas, pero la lucha continúa bajo el mismo propósito originario: la abolición de todas las clases sociales, no del capital solamente. No se puede dejar de citar cómo se entiende, en este contexto, el comunismo y la comunización. Leemos:

“La producción del comunismo como superación del capital es una producción histórica real de la única historia que existe, la del modo de producción capitalista, que no es otra cosa que la contradicción entre el proletariado y el capital. Cuando, a partir de la reestructuración del capital y de este ciclo de luchas, el comunismo se presenta como comunización, no se trata de creer que ahora *por fin* se presenta de forma realizable, como siempre había sido el caso, aunque esta vez de manera irrealizable” (p. 31).

Si la condición proletaria ha cambiado, hay que atender a su condición “actual”. No se trata de ocultar o rechazar la relación del proletariado contradictoria con el capital, sino de asumirla como la capacidad de comunizar la sociedad. El comunismo no es resultado de la revolución, porque “la revolución es comunización” (p. 137); que lo entendemos así: la revolución es el comunismo en sí mismo. Y la comunización, aboliendo el capital, transforma todas las relaciones sociales, entre ellas la de los sexos masculino y femenino. La revolución o la comunización o el comunismo no son algo dado, son una “construcción”. Luego, la revolución, respecto de los sexos, tampoco es un programa o programatismo, sino “abolición de las clases y los géneros y autotransformación de los individuos” (p. 139). Sobre este aspecto el folleto abunda con el fin de mostrar que la contradicción de los sexos no es autónoma, cae dentro de la contradicción del capital.

Nos interesa destacar que, en estos últimos temas, *Théorie Communiste* retoma las máximas de Karl Marx en las *Tesis sobre Feuerbach*, en especial en cuanto a la idea de la autotransformación de los individuos –concepto caro a la ideología personalista en boga–, porque en el capitalismo la esencia humana se disuelve en las relaciones sociales, se hace contingente y queda entreverada en una red de relaciones en sí mismas contradictorias. Si es así:

“la negación del capitalismo es la producción del comunismo vía la contingencia, en el modo de producción capitalista, de todas las definiciones sociales y de *su mundo para el individuo*” (p. 149).

Porque la contradicción es única –la del capital– y sus formas de manifestación son variadas –como la de los sexos–, la abolición del capital será la abolición del proletariado, de las diferencias de los sexos y la apertura a una sociedad de individuos autotransformados.

Por último, la “Conclusión: La revolución será ideología”, resume todo lo dicho: la revolución abarca la religión, la política, el arte, el derecho, la filosofía, todo lo que para el marxismo es “ideología”, superestructura ideológica, todas las relaciones sociales, todas las formas de pensar esas relaciones sociales en tanto objetivas, objetivadas, hechas “mundo”. Porque ideología es “la vida cotidiana” (p. 172). La revolución es la emancipación de toda la vida cotidiana. Eso es el comunismo del siglo XXI.

El lector paciente (y agotado) nos criticará la árida y extensa reseña, y se enojará porque todavía no se termina. La excusa es simple: el extenso folleto de la *Théorie Communiste* es de enorme trascendencia para comprender el curso actual de la revolución. Se trata del relanzamiento de una utopía, la de la revolución como realización de la no dominación, de la utopía moderna de la libertad (negativa), de la emancipación o liberación.

La revolución se vincula nada más que a la ideología de la revolución, a la revolución en sí misma, que es el comunismo en proceso. La revolución o el comunismo no son un programa, el programatismo ha fracasado. La revolución es el comunismo como comunización, esto es: la puesta en común de todas las condiciones de la vida humana en proceso de transformación revolucionaria. La revolución ataca de un modo indirecto al capitalismo, agrediendo directamente la vida cotidiana, que es emanación de la dominación del capital sobre toda la vida humana.

Nos equivocáramos si al folleto lo leemos como la liquidación del proletariado o el fin de la lucha de clases. No es eso. En el presente ciclo de la lucha revolucionaria, el proletariado clásico ya no es identificable. Pero dada la contradicción de la sociedad capitalista, todas las personas han devenido sujetos de la revolución. Se puede ver como la historización del conflicto clasista y la acomodación de la lucha revolucionaria a las contingencias históricas del devenir del capitalismo, recuperando el impulso utópico que siempre tuvo. El folleto tiene el carácter de una “revolución permanente en la teoría” que se convierte en una “revolución permanente de la praxis”. Y, siendo así, es un adiós a toda teleología revolucionaria, a todo normativismo ideológico, y una bienvenida a la revolución en todos los frentes y por todos los sectores.

Es por ello que, a una primera lectura, que sería el rechazo de todas las formas obsoletas de la lucha revolucionaria, se le solapa otra: la radicalización de la revolución, en un doble sentido: radical porque siempre se encuentra en el capitalismo causas para foguearla en cualquier ámbito de la vida cotidiana; y radical porque, siendo el capitalismo omnicompreensivo, la revolución todo lo abarcará. Dicho en términos tácticos, la revolución siempre encontrará nuevos aliados: las feministas, los desempleados, los homosexuales, los traficantes de droga, los políticos democráticamente correctos, los ateos y materialistas; y, también: los de siempre, los estudiantes, los intelectuales, los anarquistas, los sindicalistas, los “progres”, etc. Y cada nuevo aliado aportará a la revolución un objetivo como contradicción a resolver o no. Porque toda crisis de la sociedad presupone la contradicción del capital, que todo lo comprende.

No se puede negar el ingenio de los escritores por dar un nuevo tono a la revolución, tono de alto contenido teórico en el seno de la ideología marxista y de elevadísima resonancia práctica. No tiene relevancia el juicio sobre las viejas prácticas revolucionarias, si están perimidas o si pueden combinarse con otras más históricas. Nada importa tampoco que Karl Marx insistiera siempre en el papel universal del proletariado, de modo tal que –según su juicio– la desalienación del proletariado produciría la desalienación de la humanidad, la emancipación del uno acarrearía la

emancipación de la otra; de ahí su tematización y periodización del proceso revolucionario que es visceralmente clasista, proletario. Se trata de las aporías ideológicas de la *Théorie Communiste* la que de seguro no le interesan, porque hace de la contradicción el movimiento de la práctica. Pero más allá de ello, el folleto es un invaluable aporte para comprender en qué está hoy la izquierda revolucionaria, para dilucidar la marcha de la revolución, una suerte de espejo en el que mirar cada una de nuestras sociedades.

### *Siglas y abreviaturas*

CONICET	Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
etc.	etcétera
p.	página

